

EL NIÑO, ESE GRAN INVESTIGADOR LANZADO AL LABERINTO DEL VACÍO

Por: *Fernando Duque Mesa*

Investigador, documentalista. Maestro en Arte Dramático de la E.N.A.D. Ha publicado: "Investigación y praxis teatral en Colombia" y "Antología del teatro experimental en Bogotá".

Qué es esa "pesadilla" de la investigación y cómo se extermina desde las más diversas escuelas de manera temprana...

El término investigación ha llegado hasta nosotros como algo completamente terrible, un laberinto imposible de resolver en sus enigmas; un desafío en realidad maravilloso e incitante que tiene el calor de la aventura palpitante, inquietante y en especial dirigido hacia lo desconocido y asombroso; una experiencia irrepetible, única, pero es vista por la gran generalidad de nuestra gente como aquello que produce espanto, a veces pánico, cuando debería **seducirnos** de manera amplia hacia la aventura del conocimiento, una de las más felices justificaciones de nuestra existencia sobre la tierra: despertarle el "ánima" a la leve imaginación creadora. No obstante, el primer llamado ferviente que necesitamos hacer, consiste en entrar a vencer el pensamiento derrotista y dependiente, es decir, esa mentalidad parasitaria que acompaña a quien padece a diario la tragedia del subdesarrollo con sus terribles lastres a cuestas. Esta se ha vuelto "connatural", por la sencilla razón de que esta facultad y la **cultura maravillosa de la reflexión** nos han sido usurpadas de modo sistemático a partir de 1492, cuando arribó el primer gran cargamento de espejos del viejo mundo, con lo cual nos estaban diciendo: "Ustedes no se preocupen, no se pongan a pensar que el invento ya está hecho, úsenlo, y consúmanlo".

Desde entonces, y por más de 500 años, este asunto no ha variado de manera significativa y es así como hoy sucede y se mantiene, generación tras

generación en su esencia, la misma situación circular de compartimentos estancos, porque “las cosas cambian para que sigan como están”, afectando así los diversos campos del saber. Esta es la mentalidad imperante en la actualidad, como concreción de esta ideología dominante, ideología que se reproduce y se “**regenera**”, desde las raíces primarias de la educación en la actualidad. Está impulsada por quienes detentan el poder para beneficio de unas minorías, cumplen con las directrices rígorosamente, siguiendo los mandatos de los grandes centros hegemónicos de poder.

Por ello, vamos a detenernos aquí a desmontar esta fetichización que se ha erigido en torno a la investigación, partiendo de una de sus reglas de oro: **la observación**.

En realidad, la investigación es algo absolutamente natural al espíritu mismo del hombre desde que nace. Tan es así que en el niño tenemos en su punto justo el paradigma, el mejor ejemplo que mueve el alma de todo investigador: siempre lleno de dudas, preguntas e inquietudes que lo desvelan y a veces no lo dejan dormir y menos a sus padres ... Desde que viene al mundo se convierte en un explorador y experimentador de primer orden. Todos los fenómenos que pasan y se manifiestan en su mente y entorno socio-cultural los **cuestiona** en forma **creadora**, desde la acción verbal o no verbal; armado con su **lógica de lo imaginario** (Levy-Bruhl) los recrea, los reinventa, los pone en tela de juicio, empezando por los más obvios y “naturales” para los adultos, en cambio para él son los más excitantes y atrayentes, o sea, aquellos que se dan por sobreentendidos. Es así como se pregunta por su razón de ser y sus diversas manifestaciones, para de inmediato proceder a verificarlas por su propia cuenta y riesgo, si es que ya no las ha comprobado, aportando sus “primitivas” o primarias conclusiones como excelente necio y pragmático que es, incluso corriendo en muchísimos casos el riesgo de hacerse franco daño, y todo gracias a esa especie de **duda metódica**, a veces sin poseer uso de razón, y sin la obligatoria necesidad de saber que fue planteada siglos atrás, por un tal René Descartes.

Posee una inquietud de sabiduría que lo mueve y que se revierte en esa desmesurada ansia por conocer los misterios del mundo, duda que pone en marcha y ejecución a cada momento, de manera incansable y jamás **irrenunciable, inlaudicable**, fiel a su pequeño y soberano ideario **ético y moral**, estando más allá del bien y del mal, primera gran lección para todos los mayores. Este es el primer basamento que muchos extravían hoy, en aras de sus faustofélicos propósitos de lucro desmedido, donde los idearios de las utopías por conquistar, sin engañarnos, han sido arrojados a la basura, en cumplimiento de los designios de un becerro de oro. En cambio él como un excelente **terco y lunático**, de perfiles utópicos, su particularidad de niño no le permite que se entregue, cuando del campo de la **porfía** se trata, pues todo debe ser cuidadosamente examinado. Incluso lo más dificultoso de someter a su mirada es visto y apropiado, o si se quiere reapropiado desde diferentes ángulos que le indica su pícara y maliciosa **intuición**. Es una especie de gran radar o antena altamente sensible y alerta que en cualquier momento lo pone en acción indómita e irrefrenable, ya sea desde una perspectiva lúdica con sus específicas reglas de probabilidades, el mundo del juego que es su motor espiritual y corporal, hasta caer vencido por el cansancio de **jugar aprehendiendo**, mas no por la pereza y la superficialidad mediocre de quien representa para sí, la triste farsa de hacer que investiga, paradigma de feria barata que hoy en día pregonan en la práctica la generalidad de los mayores..., primer lastre que se debe vencer en los adultos, con muchísimas dificultades de por medio, mediante la **reeducación**.

Porque los maestros mortales, muertos, ejercen con acendrado, enfermizo y prepotente orgullo, su centenaria herencia de la tiranía apoyada en la ignorancia y el desconocimiento sobre la **reflexión** como soporte del avance en el hombre. En todos los campos del saber se han encargado de “enseñarnos” que pensar no es un placer, y como acabamos de ver, pensar sí es un placer y muy especial; los niños lo demuestran todos los días, desde su laboratorio rodante de sueños por descubrir que se extiende desde su casa, pasando por la ya precaria

naturaleza que nos queda. Ya en las aulas en general, empieza la tortura y la tragedia de las que hablamos: el extensivo y cada vez más perfeccionado, para perjuicio, curso de loro, con la consecuente disección cerebral y lúdica.

No obstante, cuando de modo excepcional se evade este laberinto del anquilosamiento “educativo”, es posible ver al niño consciente o inconscientemente moverse por su placentero laboratorio que le despierta el agrado de conocer. Es así como su cuestionamiento diario va desde: por qué se habla de la existencia de un ser superior, creador, con propiedades mágicas y plenipotenciarias, las propiedades de los gnomos y las hadas, qué es el aire y por qué su maravillosa transparencia, inolora e insabora, por qué suena un acordeón, por qué de un bloque de hielo se desprendan cristalinas gotas de agua, o dejan de caer, qué gracia hace que surja el fuego a través de una llama sublime y enigmática, cómo es posible que viaje tan rápido y se mantenga en el aire un avión, o qué hace que de unas pequeñas semillas broten árboles fabulosos, produzcan aire puro, retengan el agua que alimenta la generación de quebradas y ríos, etc. Su gran laboratorio de investigación, donde juega al mundo del acierto y del error con la mayor naturalidad, sin dramatismos ni misterios, sin lugar a dudas es su propia casa: allí se enfrenta a los más variados dilemas filosóficos del mundo cual pequeño Hamlet: “¿Madre, qué fue primero, el huevo o la gallina?”

En síntesis y sin caer en idealismos, en general todo niño tiene un potencial investigador volcado sobre los más indistintos problemas que le atañen, buscando herramientas y encontrando simbolizaciones para descifrarlos y para labrar su futuro, si le posibilitamos una educación fundamentada en la **reflexión permanente**, es decir, impulsada por el combustible de la duda, esa facultad y palanca maravillosa del hombre en todos los tiempos que mueve montañas, pues de lo contrario, esa potencial semilla de inquietud que hay en él, jamás florecerá con la gracia y esplendor de su edad.

El viaje sin retorno...

Esta actitud investigativa, participativa y creativa del niño debería ser motivada con vitalidad y estimulada desde el mismo Jardín con mucha vehemencia, aprovechando los más diversos aportes de la ciencia, la tecnología y las humanidades. Pero la triste realidad nos enseña que allí es donde comienza de manera ciega a disgregarse, a alienarse por completo, producto de un pésimo enfoque de lo que es hoy la enseñanza y más en concreto la **educación para la investigación**. Esta formación se fomenta en algunos claustros, en forma exclusiva para los hijos de los potentados designados para relevar el clan dirigencial, y la gran mayoría de los entes “educativos” se encargan de cercenar de un tajo este espíritu de reflexión y meditación sobre las cosas y los más diversos fenómenos que tienen lugar en el escenario de la naturaleza humana.

Con este brusco e irracional corte o ruptura en el ámbito del conocimiento (de lo epistemológico) se inicia un viaje sin regreso aparente, que se aplica desde tiempos inmemoriales, generación tras generación, con pequeñas variantes en nuestros centros de enseñanza, desde hace más de cinco siglos de comprobada **ineficacia total**. Este hecho ha producido una formación aberrante, colombianos **mutilados** en el saber, que no termina de conocer su curso final y trágico, lanzando a diario al laberinto del vacío profesionales incompletos, cargados de profundas lagunas y taras culturales, no preparados para entrar al trabajo investigativo en todo el sentido profundo del término. La iniciativa y el olfato perspicaz y malicioso para la investigación les ha sido **arrebatado, truncado**, al ser entrenados como magníficas **cotorras**, altamente adiestradas en todo lo que no sirve, en el arte y la incultura de la **memorización** mas no en el campo de la **reflexión creadora**, la **meditación** sobre los diversos fenómenos que se presentan en las más heterodoxas disciplinas del conocimiento.

Es así como en cada generación, este modelo envenenado, bueno para nada, cíclicamente se repite y se “enriquece” con los nuevos errores de quienes fueron

otrora sus alumnos “aventajados”, es decir, el campo abonado para realizar una fecunda y alentadora **ruptura** no se ve por alguna parte, por el contrario, cada vez es más difícil la posibilidad del resquebrajamiento de la memoriosa doctrina de los ciclos, porque si algo identifica a la generalidad de las entidades estatales encargadas de modificar ese absurdo estado de las cosas, como en los centros educativos, es su total inercia e inmovilismo operativo a este respecto, por su actitud de indiferencia y prepotencia porque la ignorancia es atrevida ...

Hoy en día nos jactamos por la caída en el mundo de una serie de regímenes que traicionaron los más elementales principios democráticos de la llamada utopía socialista; allá, tal parece, estas cosas cambiaron de manera sustancial, pero aquí ni nos enteramos de que también tenemos muchísimas cosas fundamentales por cambiar, para bien de todos. Pero quienes tienen dicha función como dirigentes que son, no muestran mayor interés en la serie de errores “eternos” que se deben corregir con urgencia. De una nación asentada en las bases de su profunda incultura e intolerancia, no se puede esperar más que desgracias permanentes.

Por ello, en realidad, dolorosamente tenemos que llegar a una triste, cruda y palpable conclusión, donde el optimismo se evapora: las aulas escolares, en su gran mayoría, se han convertido en una especie de **campos de concentración** socialmente reglamentados, donde tienen lugar los más tropicales y pavorosos procesos macondianos de **saqueo y exterminio** de la inventiva y el ingenio en los niños, los cautivos y cotidianos clientes de los Auschwitz silenciosos, aceptados como regla por todos, para después darnos cuenta que ya es demasiado tarde...

“La mejor crítica a un río es construirle un puente”

Bertolt Brecht